

Atraco a las tres

Bernardo Fdez-Pacheco Villegas

...Y a las cuatro, y las cinco: en realidad puede ser a cualquier hora y lugar, en cualquier situación de encuentro o supuesta situación de comunicación. Dicen que entre las normas de buena educación en las que eran imbuidos los niños ingleses de otras épocas, había tres en las que se implicaban con esmero padres y profesores: que los infantes usaran siempre el "gracias" y el "por favor", que acompañaran de "señor" o "señora" sus afirmaciones y negaciones dirigidas a los adultos, para que los síes o noes no quedasen sosos ni desafiantes y, en tercer lugar, que las nuevas generaciones supieran intervenir con su verbo sobre temas neutros, propicios para charlas breves, fáciles y no comprometidas (célebres son las habilidades de los naturales de la pérfida Albión conversando de cosas instantáneas pero que invitan a la participación, por ejemplo, del tiempo) y, muy en especial, que no relatasen nada, ni iniciasen conversación alguna, utilizando la primera persona, si no se lo demandaban expresamente.

Las dos primeras normas probablemente resbalarían mucho hoy día, en el seno social de esta indolente y permisiva cultura postmoderna de la "play" y el botellón. La tercera, sin embargo, supondría no un resbalón, sino un auténtico choque, bombazo, torpedo a línea de flotación, en los hábitos comunicativos de ciertos grupos culturales, entre los que destaca el de los españoles, que mayoritariamente hacen del uso reiterado del *yo, me, mi* la base en la que sustentan su elemental sistema de comunicación verbal.

Porque lo cierto es que en este país te atracan. Te atracan a las tres y a cualquier hora; te atracan tanto si vas en guardia como si no. El personal va provisto de los más peregrinos e inagotables temas y relatos, en los que su yo es el centro y protagonista. Y, al menor descuido, ¡zas!, sacan su yo a pastar, sin más empacho, sin la menor consideración hacia el auditorio que, por lo general, recibe estoicamente la descarga, la traicionera acometida, el sablazo.

Te atracan porque abusan de tu cortesía, porque contra tu voluntad te roban la energía necesaria para prestar atención, porque te privan de una ocasión para conversar, para mantener un intercambio de opiniones y pareceres agradable y cordial, para ejercitar, sin competir, tus propias habilidades verbales; te atracan porque te impiden la comunicación equitativa y el desarrollo del espíritu social que todos llevamos dentro.

Si vas por la calle con el brazo escayolado y un conocido te pregunta qué ha sucedido, dispones de no más de 10 segundos para explicarlo, porque inmediatamente el preguntador contará su propia experiencia, o la de un pariente cercano, que tanto monta. Si alguien vuelve de un viaje y se le recibe con el consabido ¿qué tal?, los segundos permitidos para responder son menos aún, y la pregunta, tras breve lapso de cortesía, va seguida de un tropel inacabable de relatos sacados del interesantísimo historial viajero del que no acaba de llegar. En las consultas que requieren espera, a poco que aquello del turno se demore, puedes terminar sabiendo toda la vida y milagros de alguno de los que, aguardando su vez, no pueden guardar su yo en sí mismos por más tiempo, y atracan a los presentes con su *yo, me, mi*, sin pudor, sin comedimientos. Los tenderos y vendedores no dudan en ponerse como ejemplos y modelos, o en referir experiencias de sus familiares y amigos, para ayudar al cliente a tomar una decisión. También lo hacen de manera desalmada, por lo que supone de abuso de la

situación, los profesores con sus alumnos, y los médicos con sus pacientes. Los amigos en las tertulias compiten con lo mejorcito de sus habilidades sociales, para tomar la palabra y recrear su *yo, me, mi* sobre los escuchantes. Muchos de los cuales, lejos de atender razones o relatos, sólo están prestos al contraataque, que se producirá con certeza aprovechando el menor descuido, la menor rendija, en la elocución del que tenga la palabra.

El atraco es constante. El estilo personalista se ha generalizado en nuestra cultura, ha arraigado hasta tal extremo, que ni extraña ni llama la atención. Una gran mayoría de la población no sabe mantener un tema de conversación sin rebuscar en el propio yo, en las propias experiencias, el elemento básico de contraste, criterio y opinión: todo gira sobre mí, aquí estamos mi mundo y yo, parecen decir y ostentar, aunque objetivamente se evidencie lo raquitico y pobre del uno y del otro.

Personalizar, actuar con egocentrismo, es, sin duda, un mal hábito. Una falta de consideración y de respeto hacia el otro que, si no muestra un abierto interés por las interioridades de su interlocutor, no debería ser vapuleado, atracado, sableado de esa manera. El arte de conversar, en buena medida, es el arte de saber reprimir el afán, primitivo e infantil, de plantar nuestro yo ante las caras de los que nos escuchan.

La tendencia al uso del *yo, me, mi* tiene sus fundamentos psicológicos, resulta explicable y comprensible. Está relacionada con los efectos del lenguaje hablado sobre el propio hablante. Tiene que ver con aquello del autoconcepto y la autoafirmación, también con la asertividad. Por eso, dejar que el otro hable es un recurso terapéutico que muchos psicólogos utilizan, promoviendo así, de manera intencionada, la recreación del *yo, me, mi* del paciente. Y como es lógico, cobran por ello.

Los auténticos atracos, los genuinos, se producen en tantas y tantas situaciones de desafuero verbal que son reproducciones, a escala menor, de una sesión de psicología terapéutica sin serlo. Son terapia gratis, con terapeutas inocentes, inconscientes e involuntarios que se preguntan qué mal han hecho para merecer las soporíferas y prolongadas retahílas, las petulancias inacabables de los más lenguaraces.

Los confesionarios también han sido y son parcelas para el recreo permitido del *yo, me, mi*. Y, por ello, potro de tortura del escuchante. En nuestros días, las horas de escucha han venido a menos por distintas razones. Pero en cualquier caso, los profesionales del ramo pronto encuentran estrategias de freno, contención y despeje. Ya que si no pusieran límite y coto, algunos potenciales clientes no faltarían a la cita semanal e incluso diaria.

No estaría mal que la sociedad española fuese conocedora de este mal. No estaría mal que padres y, sobre todo, educadores a sueldo movieran ficha para mejorar los hábitos comunicativos de sus alumnos, empezando por mejorar los propios. Todos ganaríamos. Ganarían los sufridos oidores, que son tropa, y que sin saber decir basta soportan y sufren el *yo, me, mi*, de los más avezados y contumaces. Ganarían las tertulias (raras avis) y lugares donde se practica el noble arte de conversar. Y ganaría la propia cultura, ya que sería consciente, al menos, del corsé que la oprime en la base, del lastre que la retiene en el escalón más elemental: el plano conversacional de sus miembros. Porque ser consciente del punto de partida, ya es iniciar una posibilidad real de cambio.

MI COLUMNA

Casos y Cosas

José Luis Albiñana

¡ALBRICIAS! Por fin han retirado el armario de obra de la corriente eléctrica que colocaron en la acera de la finca número 3 de la calle Socuéllamos. A la hora de redactar estas líneas, no habían repuesto las baldosas de la acera ni habían eliminado ese cordoncillo de hierro que está a ras con la acera (y qué por cierto nadie sabe qué ha pintado ahí).

Ahora falta que se eliminen los postes y los cables que hay a la entrada de la calle Socuéllamos, esquina con el Ayuntamiento. "Tie babas", en la misma esquina del Ayuntamiento. Si llega a ser al final de la calle Tordesillas, apaga y vámonos.

YA HAN DESAPARECIDO LOS STOPS DE LA CALLE GARCÍA PAVÓN. Decíamos la quincena pasada que en la confluencia de la travesía de San Francisco y la calle Amalia Cepeda continuaban unas señales de stop entorpeciendo la circulación. Pues bien, ya las han retirado. Han necesitado unos años para darse cuenta de que esos stop creaban problemas de circulación en la importante vía que es la calle García Pavón.

Lo que no han reconocido es que cuando organizaron las rondas no acertaron al colocar esas señales, y contra viento y marea, a pesar de las quejas de los automovilistas, han mantenido los stop hasta que al fin se han decidido a eliminarlos. Tenemos que informar que por la travesía de la calle San Francisco acceden muy pocos automovilistas a la calle García Pavón, por lo que la mencionada señalización fue una auténtica metedura de pata por parte de los que organizaron las rondas.

Y no digamos nada de ese "ceda el paso" de la calle Ismael de Tomelloso con San Fernando. Otro disparate descomunal. Hay más, pero vamos a dejarlo. De momento.

PELIGROSO "RINCONCETE". En la calle Pedro Domecq (correctamente escrito, no como las placas que colocaron hace treinta años, y ahí siguen), esquina a Nuestra Señora de la Antigua, en la llana Urbanización Domecq existe un jardincillo, debidamente vallado, que circunda en parte la base de la chimenea de 42 metros de alta de las antiguas Bodegas Domecq. Hasta aquí, todo correcto, el pero es que en esa zona interior existe un *rinconcete* que los jóvenes y menos jóvenes utilizan para sus "orgías" particulares. En dicho "rinconcete" hay un hueco, y en el mismo dos armarios de obra con cables de luz por el suelo, así como botellas tiradas, y también sirve de urinario. De vez en cuando, comentan los vecinos, aparecen restos de "gomáticos" (ustedes ya me entienden). En fin, que el *rinconcete* en cuestión es un problema.

Los vecinos se han quejado, según dicen, en numerosas ocasiones, pero nadie les hace caso, ni los reciben. Este problema necesita solución, y cuanto antes mejor, porque caso contrario los vecinos, cabreados, pueden llegar a cualquier cosa...

LOS URINARIOS DE LA CIUDAD DEPORTIVA. Hace algo más de un mes apareció en la Columna un "caso" referido a la carencia de urinarios públicos en la Ciudad Deportiva. Pues bien, el responsable del Patronato de Deportes y concejal del caso nos informó personalmente que SÍ hay urinarios públicos, junto a las pistas de tenis y pádel.

Efectivamente, hay un "Vestuario público chicos" (así reza la placa que hay junto a la puerta de entrada). Otra placa determina "Vestuario chicos tenis", otra, "Almacén", y una más con una tenista sobre fondo blanco, sin leyenda. Así es que, efectivamente, hay un urinario (denominado "Vestuario chicos") que puede utilizarse por hombres y mujeres (éstas con la debida vigilancia exterior). Cuando apareció la no existencia de urinarios públicos en la Ciudad Deportiva nos tacharon de sepa Dios qué, pero lo cierto y verdad es que los espectadores —hombres y mujeres— que asisten al fútbol en los dos campos de hierba artificial, e incluso los aficionados al atletismo, tienen que recorrer casi doscientos metros, y por si fuera poco no existe señalización que oriente a esa gente sobre dónde tiene que ir a mear.

Por favor, no le den más vueltas. Nuestra extraordinaria Ciudad Deportiva necesita unos urinarios públicos en consonancia con las necesidades de los ciudadanos que asiduamente asisten como espectadores a las distintas competiciones que se celebran, sobre todo en la zona de los campos de fútbol y fútbol-sala.